

SEXTA PARTE.

PRINCIPE Y REY.

ROMANCE HISTÓRICO.

Está la noche serena,
La luna sin pardas nubes
Que la empañen limpia y clara
En el firmamento luce.
En derredor las estrellas
Con multiplicadas lumbres
Tachonan del aire vano
Los pabellones azules.
Eresma por entre peñas
Su escaso raudal conduce
A las plantas de un alcázar
Que en sus arenas las hunde;
Y ya en montones de espuma
Revoltozo se derrumbe,
Ya con transparentes ondas
Manso y humilde murmure,
Nunca es mas que un corto espejo
Que adula la escelsa cumbre,
Por que permita al palacio
Que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena
Y á pasos rápidos huye
Sobre la choza pajiza
Y la espléndida techumbre. —
Calla el viento; el aura apenas
Suelta ráfaga que ondula,
Eresma hace que sus ondas
No desvelen, sino arrullen,
Y si algun pájaro errante
Hay que el silencio interrumpe
Avergonzado se duerme
Por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio
Que el aura á veces no crucen
Los incompletos compases
Que danza vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
De contenta muchedumbre
Que entre cánticos y brindis

El sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
Que el príncipe Enrique cumple
Hoy años y á malgastarlos
Junta los mas que le ayuden.
La copa de los placeres
Para que ansiosos apuren
Cuantas damas y galanes
Hay en Castilla, reúne.
La vida es corta; los días
Se menguan y disminuyen,
La molicie es cortesana,
Y los placeres son dulces. —
¿Qué importa que el rey Don Juan
Contra los rebeldes luche?
El príncipe vive y goza
Que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
No son hidalgos comunes
En cuya frente se ostentan
El valor y las virtudes.
Una frente coronada
Radia sola tantas luces,
Que los ojos atrevidos
A sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
Las chirimías y adufes
Haciendo que sus compases
De sala en sala relumben;
Por eso amoroso abrazo
Despertador de inquietudes
Los talles de las hermosas
Al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
Gira en círculo voluble
Revelando lo escondido
Tras lo que traidor descubre.
¡Oh! hermosas son las hermosas
Cuando aspirando perfumes,
Mas ocultos sus hechizos
Entre transparentes tules,
Sueltos los cabellos de ébano
En espirales y en bucles
De amar y gozar sedientas
A los salones acuden.

SEXTA PARTE.

149

Aquel aliento que envía
Un suspiro á que se cruce
Con un suspiro que deja
Que aquel su lugar ocupe;
Aquel murmullo continuo
Que hace que el aura susurre
Con mil acentos sin forma
Que entre sus pliegues confunde;
Aquella blanda sonrisa
Que vida en un alma influye
Mientras aguarda favores
En penada incertidumbre :
Aquellos húmedos ojos
A cuya luz se destruyen
Los hielos del corazón
Cuando de esquivo presume :
Tantos acasos pensados
Que en rodeos mil conducen
Al revuelto laberinto
De amantes solicitudes;
Y todo ello en un palacio
Donde tormentosa bulle
Cuanta pompa, intriga y gala
La faz de un príncipe influye,
Hacen que los corazones
Tan embriagados se ofusquen
Que deliren paraísos
Bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salón,
Y aunque mucho disimulen
Las damas están contentas
Cuando los maridos sufren.
El príncipe galantea,
Y las damas de mas lustre
Le deben hoy tantas flores
Cuanto algunos pesadumbres.
Porque él con una en los brazos
 Toda una danza interrumpe,
Haciendo que en ráudos círculos
Mil veces el salón cruce.
Pié con pié, mano con mano
Al muelle lánguido empuje
La lleva en pos blandamente,
La suspende y la sacude.
Ella adormecida, suelta
Sobre brazo tan ilustre,
Mas se abandona y descuida
Porque mas él la asegure.
Flotan los rizos de entrambos,
Los alientos se confunden,
Crúzanse los piés veloces,
Vagan los mantos volubles,
El labio pide á los ojos
Osadía, amor y lumbre,
Y los labios á los ojos
Suplican que no pronuncien.
Los ojos suplen las voces,
La sonrisa el fuego encubre,

Y así al amor y al placer
Todo sirve y todo suple.
Espléndido está el salón,
Todo el aire son perfumes,
Música, citas, suspiros,
Murmullo, plumas y luces.
Mas hay un hombre sombrío
A quien todos llaman duque,
Y á quien ninguno aventaja
En la gala que le cubre,
Cuyos dos ojos tenaces
Sin que se aparten ó muden
En el príncipe están fijos
Cual si temiera que le hurten :
Si algun importuno acaso
Su tenacidad reduce
Siempre á su objeto ambiciosos
Rápidos se restituyen.
Al acero se parecen
Que por mas que se procure
Doblarle contra el iman
Siempre hácia el iman resurte :
Mientras descuidado el príncipe
Sin que su gozo perturben
Con una dama en los brazos
Por el salón baja y sube.
Es cierto que alguna vez
Mira de reojo al duque;
Mas este firme y tranquilo
Ni le busca ni le huye.
Es verdad que alguna vez
El primogénito ilustre
Su voluptuosa pareja
Por delante dél conduce;
Y tal vez aunque no altivo
De distinguirle se escuse
No se alcanza á comprender
Si es que le honre ó que le injurie,
Mas el duque no por ello
En desman alguno incurre :
Siempre el respeto le sobra,
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
Que ya el albor se descubre
Del alba que por los vidrios
Asoma sus turbias luces.
Quedó el alcázar tranquilo,
Despejó la muchedumbre,
Sonó un beso, y Don Enrique
Entregó su dama al duque.
Aquel dijo : « Hasta mañana. »
Contestó este : « Si á Dios cumple. »
Y Don Enrique volviéndose
Siguióle la servidumbre.

LA CORTINA VERDE.

Son unas horas despues,
Y vense en su gabinete
Inés en un taburete
Y Don Enrique á sus piés.
Testigos de sus deslices
En aquel retrete oscuro
Están colgados del muro
De Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa exterior
Previenen las celosías
Y dos dueñas de vigias
Que están en el corredor.
Lucha la luz con la sombra,
El rojo sol de occidente
Colora confusamente
Las labores de la alfombra.
Las flores desde el jardin
Prestan al aura perfume,
Y otro al fuego se consume
En el mismo camarín.
Todo es paz, calma y quietud
En el retrete oriental;
Mas si no es paz criminal
No es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;
Doña Inés como una estrella;
Voluptuosa está la bella,
Y galan el caballero.
En los ojos de la hermosa
Se está mirando el galan,
Y ambos atizando están
Hoguera tan peligrosa.
Ella en recreo infantil
Destrézale los cabellos,
Bucles haciéndole de ellos
Con sus manos de márfil.
Él con sonrisa liviana,
En acento adulator
Dulces palabras de amor
La dice á la cortesana.
Ella de orgullo suspira
Gozando el favor real,
Aunque él interpreta mal
La vanidad que le inspira.
Él, mancebo y sin consejo
En su amor se está abrasando;
Pero ella está contemplando
Su contorno en un espejo.
Él la dice: « Hermosa estás, »
Y en silencioso desden
Dice ella: « Lo sé tan bien,
Que advertirlo está demas. »
Él con el dulce reclamo
Del silencio engañosador

Traduciéndolo mejor
Añade: « Inés, yo te amo. »
Ella culpando su esceso
Cuando mas cerca la estrecha
Le da de sí satisfecha
Por cada palabra un beso.
Y en larga conversacion
Ella altiva, él importuno,
Demuestra bien cada uno
El afán del corazón.
Así el príncipe decía
Enagenado á la hermosa;
Y astuta y voluptuosa
Ella así le respondía.

D. Enrique. Un reino me aguarda, si;
Con él media vida diera
Por gozar, Inés, siquiera
La otra media junto á ti.

D. Inés. Siendo príncipe, señor,
Díeris, existiendo un año,
Cada mes un desengaño
A vuestro constante amor.

D. Enrique. Pasiones fueran livianas,
Pasatiempos nada mas;
Que no encontrara quizas
Sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote á ti
Esquivarte fuera en vano.

D. Inés. ¡Hoy me adulais cortesano
Que estais delante de mí!

D. Enrique. Te lo juro, hermosa Inés:
Diera mis reales palacios,
Mis coronas de topacios
Por vivir siempre á tus piés.

D. Inés. ¿Tan bella, Enrique, os parezco?
D. Enrique. Como tú no nacen dos.

Y por ello, vive Dios,
Sufro mal que no merezco.

D. Inés. ¿Vos por mi males?
D. Enrique. Si á fé.

D. Inés. No os entiendo.
D. Enrique. ¿Me amas, di?

D. Inés. En mi alma de vos á mí
Si hay diferencia no sé.

Mas...
D. Enrique. ¿Qué, Inés?

D. Inés. ¿Habeis oido?
Jurara que algo sonó.

D. Enrique. Nada he percibido yo...
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pié
Escuchando perspicaz,
Y asíólo el príncipe audaz
Repetiendo: « Nada fué. »
Y á fé que era la quietud
De aquel ansioso momento

Esperar por solo hablarte
A que él se salga de caza?
¿Es digno de mi ambicion
Que cuando él parte tu lecho
Me dé yo por satisfecho
Con verte por un balcon?
D. Inés. Pero yo, Enrique, os adoro.
D. Enrique. Si, ¡y en ese amor sobrante
Me arrebatas el diamante
Dándome el arillo de oro!
D. Inés. Os doy cuanto puedo dar.
No podeis mas exigir.
D. Enrique. Aunque él haya de morir
Tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido
Sonó un fugitivo acento
Como el rumor del aliento
Largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,
Púsose el príncipe en pié,
Recelando ambos que esté
Alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar
Con muy recatada seña
Oyóse á la astuta dueña
Por el corredor llamar.

A Dios, señor, dijo Inés,
Que de partiros es hora.
— ¿Hasta cuándo?

— Por ahora.

Si gustais hasta despues.
— ¿Tanta ventura es verdad?
— Os lo habia prometido.
De caza está mi marido:
Válganos la oscuridad.

¿Vendreis?
— ¿Cómo no?

— Atended;

No hagais confianza vana,
Abierta está la ventana
Y es áspera la pared.

— Os entiendo, vendré solo.
— Sí, que la noche es oscura.

— ¡Oh! y por tamaña ventura
Fuera yo de polo á polo. —

Salió el príncipe, y la bella,
Orgullosa por su amor,
Saliendo hasta el corredor,
Dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,
Y la cortina arrugando
Vióse al duque murmurando
Inmóvil en la oscuridad.

« Hé aquí que todo lo pierde
« Por no pensar mi muger
« Que yo me puedo esconder
« Tras esta cortina verde. »

Tan honda en el aposento
Como en desierto atahud.
Ningun rumor la turbaba,
Ningun susurro se oía
Si alguna vez se eximia
La brisa que murmuraba.
Los vapores del perfume
Que exhala el ancho pebete
Aroman el gabinete
Y el aire que los consume.
La rica tapicería
Inmóvil en el muro está,
Y á sitio seguro da
Cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba
Que, aunque en la sombra se pierde,
Espesa cortina verde
Al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil
Un instante la movió,
Y eso sin duda causó
A Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosogada
Junto al príncipe otra vez,
Dijole con candidez:
« Teneis razon: no fué nada.

Mas perdonad que haya sido
Tan fácil para el temor,
Que aunque os tengo mucho amor
Tengo miedo á mi marido. »

D. Enrique. No me le nombres, Inés,
Que hasta su nombre me irrita.

D. Inés. La vida, señor, me quita
Con tan zeloso como es.

D. Enrique. Ah, Inés mia, ese es el mal!
Que lamentaba hace poco!...

Tengo de volverme loco
Con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor
Ni mas puntual caballero,
En la obediencia el primero
Y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel
Ni falta que acriminar,
Ni encuentro que castigar
Por mas que lo busco en él.

En la primera escepcion
En que incurra ha de morir.

D. Inés. Señor, ¿eso osais decir?
D. Enrique. Alma mia, zelos son.

No puedo pensar en paz
Que él goza de tu hermosura,
Cuando por igual ventura
Me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza
un príncipe que osa amarte

JUSTOS POR PECADORES.

Es Clara una hermosa niña
Que en la faz muestra gentiles
De sus diez y siete abrils
Los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
La sobrecoja ni empache,
Las pupilas de azabache
Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
Como la noche el cabello,
Trasparentes en el cuello
Venas de virgen azul.
Pié breve y aéreo paso,
Mas inquieta y mas ligera
Que en la fértil primavera
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
La llamó un árabe errante,
Sol, azucena y diamante
Las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
Con su memoria camina,
Egipto la vaticina
Infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
Como una noche serena,
Su alma en ellos se ve ajena
De temor y de inquietud.
El duque la dice — amiga —
Doña Inés la dice — hermana —
Los mancebos — soberana —
Y hermosa — la multitud. —

Si se reclina cansada
Junto á la fuente sonora,
La náyade protectora
Parece de su cristal;
Si corre de los jardines
Por las sendas desiguales,
Semeja entre los rosales
Una sílfide ideal.

Si sonríe es su sonrisa
Tan pura y tan hechicera
Cual la blanca luz primera
Del alba limpia de abril.
Su voz es á quien la escucha
Red amante, oculta vira,
Y el aliento si suspira
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella
Todo el amor de su esposa,
Doña Inés procura ansiosa
Con ella olvidarse del. —
Y es Clara partiendo entrambos
Su purísimo cariño,

Para aquella un tierno niño
Y un serafín para aquel.
Pasó toda aquella tarde
En el huerto entretenida
Con una dueña que cuida
Sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol : enlutó el cielo
La impalpable sombra inmensa,
La noche lóbrega y densa
Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
Con un velo, del rocío ;
Cruzando el jardín umbrío
Hacia el camarín tornó :
Y asida á un ramo de flores
Que robó á la primavera
Por una oscura escalera
Hasta el corredor llegó.

Allí Doña Inés posada
La mano en el antepecho,
Miraba un camino estrecho
Que oculto á la calle da ;
Y en el jardín, tras la dueña
Que recatada le guía
Por la misteriosa vía,
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa
Viendo á Inés tan distraída,
De su estancia la salida
Ganó á su espalda veloz :
Cayó la puerta de golpe
Con estrépito violento,
Y oyóse en el aposento
Del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada ;
Oyóse dentro un gemido ;
Aplicó atenta el oído
Y dijo temblando : — Él es. —
Rápida, desalentada,
Por el corredor saltando,
Dió al jardín encomendando
Su salvación á sus piés.

Trémulo, descolorido
El duque de allí á un momento
Saliendo del aposento
Embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos
Y dando vuelta á la llave,
Con paso callado y grave
La escalerilla bajó.

UN APÉNDICE

A LAS

VENTANAS DE LA DUQUESA.

Triste y lóbrega es la noche ;
No está en el cielo la luna
Colgada como una antorcha
Entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,
Que le encapotan y enlutan
Informes masas de nubes,
Que á paso tardío le cruzan.
Todo es silencio en Segovia,
Las ráfagas no murmuran,
Que el aire denso y pesado
Vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche ;
Yace la ciudad á oscuras
En brazos del primer sueño,
Inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa
Que intento secreto anuncia,
Corrió una mano el cerrojo
De un postigo que se ofusca
En un lado del alcázar,
Entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
Salieron : y á la que alumbraba
Débil luz de una linterna,
Por defuera la aseguran.
Como mucho se recatan
Y es la sombra tan confusa,
No se percibe á lo lejos
Ni su faz, ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
Que los recelos enturbian,
Y el objeto que se mira
Se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
Que pueden dejar en duda
Si su acelerada marcha
Es persecución ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
Plazuelas y plazas cruzan,
Dijeran que van perdidos
Sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
La dificultosa ruta,
Que bien se ve que no yerran
Ni se desorientan nunca.
El ferreruero cruzado,
A los ojos la capucha,
La barba sobre los pechos,
El morterete sin pluma,
Van su camino en silencio

Con planta firme y segura,
Y el uno delante el otro
Ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
Que con labores difusas,
Cercan muchos arabescos
De primorosa escultura,
Detúvose el de delante
Diciendo : « Vela y escucha ;
Esperando que yo vuelva
Sin que nadie me descubra. »
Replicó el otro en voz baja
Saludando con mesura :
« Y si una ronda... »

— Que pase.
Que mi grandeza te escuda.
— ¿ Y si un curioso ?
— Que vuelva

Atrás.
— ¿ Y si me importuna ?
— Requiere, si no eres manco,
La razón de tu cintura. »
Siguió adelante, esto dicho,
Y primero que él acuda
A dar prevenido y cauto,
O noticia, ó seña suya,
Abriéndose una ventana
Lanzó de su sombra muda
Con una escala de seda
Una voz que dijo : « Suba. »
Subió el galán ; mas llegando
Veloz á la cuerda última,
Un brazo que sacó un hombre
Que esconde la catadura,
Dándole aprisa un saquillo,
Dijo : « Tome lo que busca. »
Y cerrando la ventana
Mano, voz y hombre se occultan.
A tal momento en la calle,
Con voz de duelo y angustia,
Un ¡ ay ! lanzando una dama
De la escala se asegura.
Bajó el caballero, y ella
Hijadeando le pregunta :
« ¿ Vivis ? » y asiendo el estoque
El replicó : « ¿ Quién lo duda ? »
Llegó en esto el apostado
Con la linterna, y á una,
Dama y galán prorumpieron :
« ¡ Don Enrique ! — ¡ Inés ! — Alumbrá. »
Abrió el príncipe el saquillo
Y sintiendo la tela húmeda,
Metó la mano, y asiendo
Con asombro lo que oculta,
Sacó de la hermosa Clara
La cabeza infantil, mustia.
« ¡ Santos del cielo ! ¡ mi hermana !
— Su sentencia era la tuya ;

(Dijo á Doña Inés el príncipe)
Válgate pues tu fortuna. » —
Y dando á la dama el brazo
Tomando su antigua ruta,
Entraron en el alcázar
Por la puertecilla oculta.

A LUENGAS EDADES

LUENGAS NOVEDADES.

I.

El príncipe pasó á rey,
Y como era de esperar,
Todo debió de cambiar
Sujeto á distinta ley.
Era la reina muy bella:
Mas como bella, zelosa,
Y otra alguna por hermosa
No tiene igualdad con ella.
Así que el rey Don Enrique,
Si no adquirió mas virtud,
De su ociosa juventud
Puso á los vicios un dique.
De sus amigas livianas
Mucho el número menguó,
Y á la reina encomendó
Sus mas lindas cortesanas.
Es verdad que á las dos leguas
Doña Guiomar cada día,
Entretenerle solia
Dando al matrimonio treguas.
Y es cierto que tan leal
A su príncipe como ella,
De su amor le hace querella
Catalina Sandoval.
Mas pecados reales son
Que tachar fuera imprudencia,
Son del cetro una exigencia,
Escesos del corazón.
Que es mezquino á nuestro ver
Que mandando tanta gente,
Un monarca se contente
Con tan solo una muger.
Si Dios condena el amor
A la muger del vecino,
No habla el precepto divino
Con el con tanto rigor;
Y sin duda alguna es bien
Que pues la ley dan los reyes,
Sean ellos con las leyes
Privilegiados tambien.
Por eso una alta torre
Que al campo del moro cae,

Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
Se oye en la noche callada
Sobre las alas del viento,
Un dulcísimo lamento
Y un arpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura
Dice el necio centinela
Que en aquella parte vela
La bruja que el rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial
Por entre el vulgo se suena
Que allí encontró el de Villena
Un colega espiritual.

Distinto habitante mora
Hoy en la torre precita,
Mas quien es ó quien la habita
A la verdad que se ignora.
Porque aunque á veces en ella
Se oye que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Se oye tambien que suspira
Tan amantes cantinelas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.

A veces una voz blanda
En estribillo amoroso
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmurara,
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,
Larga noche allí resuena,
Varonil, pujante y llena
Otra voz sin su dulzura.

Mas tambien con su vigor
La voz dulce se amalgama,
Que el aire las desparra
En dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,
Y otra canta sus victorias;
Esta adora sus memorias
Y las diviniza aquella.

Quien de lejos las escucha
En la negra oscuridad,
Duda si sueña en verdad
Y consigo mismo lucha.
Teme la supersticion
Maleficio en el cantar,
Pero se mueve á escuchar
Temerario el corazón.

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
Dentro de aquel torreón
Que cae al campo del moro,
Se escucha el compás sonoro
De la femenil canción.

Envuelta en oscuro velo,
Emblema claro del luto,
Torna el rostro mal enjuto
Una muger hácia el cielo.
Y brilla mas la tristeza
De su encantadora faz,
Con el llanto que tenaz
Destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria
Demandársela pudiera
Si canción tan lastimera
Es cántico ó es plegaria.
En un sitial á su lado
Con un laúd la acompaña
Enrique cuarto de España,
De su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal
La endecha triste que canta,
Que mohino el rey aguanta
Mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud
Que su canto ejerce en ella,
Pues los tonos de la bella
No aciertan con su laúd,
Soltando al fin de la mano
El inútil instrumento,
Dijo con severo acento
Entre brusco y cortesano:
« Para tal torpeza, Inés,
Que no cantes es mejor. »

D. Inés. Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.
Dos meses ha que venís
A gozaros en mi afán
Con el nombre de galán;
Mas como señor pedís.
Sin curar de mi dolor
Mandáisme cantar y canto,
No llorar y enjugo el llanto;
No amar... y muero de amor.

D. Enrique. Inés, importuna estais.

D. Inés. Y vos por demas severo.
D. Enrique. Que estais muy zelosa infiero.
D. Inés. Yo infiero que no me amais.
D. Enrique. ¡ Siempre dudas de muger!
¡ Siempre igual reconvencion!
D. Inés. Amando de corazón
Amar es obedecer.

Todas las noches traeis
La desazon en el gesto,
Siempre á enojaros dispuesto,
Y no hay de que os enojeis.

El tiempo os parece largo
Que pasais siempre conmigo;
Nunca, señor, os lo digo
Y lo lloro sin embargo.

D. Enrique. Mas todas las noches vengo,
Inés, y no te se oculta
Que siempre lo dificulta
El grave cargo que tengo.

D. Inés. Mas yo, señor, noche y día
En esta torre encerrada,
Os espero enamorada
Sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
De la aurora el arrebol,
Nacer y morir el sol,
Nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va
En inútiles querellas,
Demandando á sol y estrellas
Que me digan « ¿ dónde está? »

Veo todas las mañanas,
Así que el sol reverbera,
Partirse en fuga ligera
Las avecillas livianas.

Todas las noches las veo
Al crepúsculo volver,
Fatigadas puede ser,
Mas cumplido su deseo.

Y á mí el tiempo se me va
En esas rejas vecinas,
Pidiendo á las golondrinas
Que me digan donde está.

Callaba el rey, interés
Prestando á sus voces poco,
Y en delirio amante y loco
Lloraba á su lado Inés.

El la barba sobre el pecho,
Cruzadas ambas rodillas,
Sus querellas sin oillas
Distraído ó satisfecho.

Ella en mas bajo lugar,
Mal prendido el luengo velo;
Las mangas de terciopelo
Deshilando sin cesar.

El rey, como quien tolera
Algo que le mortifica;

Ella como quien suplica
 Algun favor que no espera.
 Al fin como quien despierta
 De un sueño que le acosó,
 Asi Don Enrique habló
 Con trémula voz incierta.
 « Mucho te amé, bella Inés,
 Mucho te amo, mas perdona
 Que no pueda mi corona
 Rendir amante á tus piés.
 Casado estoy en verdad,
 Y de mi cetro en honor
 No cuidaré de tu amor,
 Sí de tu seguridad.
 El duque no sé que es dél;
 Y pues se habla de ello mal,
 Partirás á Portugal
 Con un mensajero fiel. »
 Calló el rey, é Inés transida
 De dolor tan impensado,
 De espalda cayó á su lado
 Cercana al fin de la vida.
 En sus brazos la sostuvo,
 Y á merced de un elixir,
 La vida volvió á latir,
 Camino el aliento tuvo.
 Volvió á herir su corazon
 Su altivez ó su mancilla,
 Y dijo al rey de Castilla
 Con la voz de la afiicion :
 « Fué amaros orgullo en mí,
 Hizolo amor la porfia,
 Mas pues la culpa fué mia
 Castigada quedo así. »
 Y tornándola á faltar
 Segunda vez el aliento,
 Salió el rey del aposento
 Tras quien la venga á ayudar.

II.

Allá por do Manzanares
 En humildosas corrientes,
 Antes de entrar cortésano
 En Madrid sus aguas vierte;
 Hay un sitio en que fundaron
 Un alcázar otros reyes,
 Pardo en el nombre, y perdido
 En verdad entre placeres.
 En un despejado campo
 Que á su entrada el lugar tiene,
 Con grande rumor levantan
 A toda prisa un palenque.
 Dispónense aparadores,
 Aparéjanse banquetes;
 Do quier se aprestan bajillas,
 Y se despitan toneles.
 Guirnaldas en los balcones,

Tapices en las paredes,
 Pabellones en los techos
 Y en las alfombras pebetes.
 Do quiera en el campo tiendas
 Con banderas diferentes.
 Andamios para la corte,
 Y andamios para los jueces,
 Y en el palacio tumulto,
 Y tumulto en el palenque,
 Y en las calles y en las plazas
 Los que van y los que vienen :
 Por allá suben literas,
 Por acullá palafrenes;
 Por allí de real mandato
 De la real guardia ginetes :
 Por un lado arcabuceros,
 Por otro lado donceles,
 Que ganando tiempo y tierra,
 Buscando aposentos vienen.
 Músicos, dueñas, rateros,
 Saltimbanquis y corchetes,
 Tamboriles y danzantes,
 Curiosos é impertinentes.
 Aquí una moza devota,
 Que el brazo á una vieja tiene,
 Se ajusta en són de maitines
 Con un majo matasiete.
 Allí un dominico obeso
 Abultado de mofletes,
 En una niña de quince
 Posa los ojos ardientes,
 Sin duda alguna admirando
 Al Dios que hace aquellos séres
 De ojos negros, manos blancas,
 Cintura escasa y pié breve.
 Mas allá, bajo un sombrero,
 Que en la oreja se mantiene,
 Alto y torcido el bigote,
 Larga espada, y entre él leve
 Rizado de ancha valona
 Escondido hasta los dientes,
 De pié derecho, y la mano
 Sobre la cintura siempre,
 Está á través escupiendo
 Apercebido un valiente,
 De esos que dicen « miradme,
 Que hay indulgencias en verme : »
 Y sobre todo el murmullo
 Que tan sin término hierva,
 En cóncavo estruendo ronco
 Por pueblo y campo se sienten
 Los mazos de los peones
 Que levantan el palenque,
 Y el martillo del armero
 Sobre golas y broqueles.
 Grandes fiestas se preparan,
 Y segun dice la gente,
 Son por los embajadores

Que de la Bretaña vienen.
 Asi tambien lo confirma
 La conversacion siguiente
 De dos judíos que aromas,
 Joyas y armaduras venden.
 — Buen agosto os habeis hecho,
 Ruben, á lo que parece.
 — No estoy quejoso, en verdad.
 — Y aun contento.
 — Ciertamente.
 — Sed franco.
 — ¿Mas he de ser?
 — Y por nuestros intereses,
 Vayamos ambos á una
 Que espero que no nos pese.
 — Sea así, hermano Daniel,
 Y escuchadme atentamente.
 El rey me compró en secreto,
 Para lujo en sus valientes,
 Las armaduras mejores
 Del torneo.
 — ¿Cuántas?
 — Trece.
 — ¡Santos del cielo! ¿En monedas
 Os pagó?
 — Al punto y corrientes.
 — Feliz sois, Ruben.
 — Veamos
 Vuestra fortuna.
 — Yo siempre
 Por enemiga la tuve.
 — Pero yo sé que igualmente
 El rey, Daniel, os buscaba.
 — Sí, mas fué ganancia leve;
 Aplazóme los caballos
 De mejor sangre que hubiese,
 Y díle blancos y negros
 Los mejores.
 — ¿Cuántos?
 — Trece.
 — ¿Y os quejais?
 — ¡Santa Sion!
 Pagó dos : los once debe. —
 Callaron ambos un punto,
 Y á Ruben Daniel volviéndose,
 Díjole : mas ya hay quien cubre
 Lo que pierdo en los corceles.
 Don Beltran armó los suyos
 Pródigo con mis arneses.
 — ¡Oiga! ¿tambien Don Beltran
 Campo en el cerco mantiene?
 — No por cierto; mas levanta
 En Madrid otro palenque
 Para una segunda fiesta
 A la vuelta de los reyes.
 A la parte de Alcalá
 Tiene apostada su gente,
 Para tomar de las damas

La brida á los palafrenes.
 — ¡Atrevido es el pagano!
 ¡Y árdua causa la que emprende!
 Los galanes victoriosos
 Se le opondrán reciamente.
 — Pues Don Beltran de la Cueva
 Aun se está tan en sus trece,
 Que diz que hasta el mismo rey
 Le hará campo aunque le pese.
 — Mucho puja.
 — Es conde y rico.
 — Y el rey es rey.
 — Y el valiente.
 Y tiene consigo un hombre
 Que recata el rostro adrede,
 Que es capaz de armar batalla
 El solo con diez y siete.
 — ¿Un soldado?
 — Un caballero.
 — ¿Que es quien paga?
 — Lo parece.
 Que es un extranjero dicen
 Que de aventurero viene.
 — ¿Trae gente en su compañía?
 — Lanzas hasta veinte y nueve.
 — ¿Es francés?
 — Flamenco.
 — ¿Amigo
 De las botellas?
 — No bebe.
 — ¡Cómo!
 — Dé se cuentan cosas
 Bien estrañas cabalmente.
 Dicen que en vela continúa,
 No se sabe cuándo duerme.
 Que es sóbrio como una monja.
 — ¿Mas su nombre?
 — No le tiene.
 Solo el flamenco le llaman;
 Siempre anda solo y le temen.
 — ¿Mas no se conoce de él?...
 — Nada mas que lo que él quiere;
 Y que es alto, recio, osado,
 Y á lidiar dispuesto siempre. —
 Callaron ambos judíos,
 Y en raudo tropel la gente
 Se agolpó sobre el camino
 A victorear á sus reyes.

III.

Como seis dias despues,
 Y hácia las dos de la tarde,
 En el prado que en Madrid
 Por San Gerónimo sale,
 Armados hasta los dientes
 Y cubiertos los semblantes,
 Estaban dos caballeros

De una ancha tienda delante.
 Detrás de ellos apostados
 En hilera formidable,
 Hay de hasta treinta ginetes
 Potentísima falange:
 Y otros treinta caballeros,
 Cuanto valientes galanes,
 En varios grupos conversan
 De su pompa haciendo alarde.
 Donceles tienen sus lanzas,
 Sus caballos tienen pages,
 Siendo á la par todos ellos
 Soldados y capitanes.
 Detrás hay una barrera
 Que guardan con antifaces,
 Otros doce caballeros
 Sobre doce yeguas árabes.
 A los lados dos andamios,
 Uno con las armas reales
 Y otro con las de Bretaña
 Coronados de sitiales.
 Otro andamio casi enfrente,
 Y en él los jueces y grandes
 Que han de pesar la justicia
 Y la ley de los combates:
 Y el resto cerca una valla,
 Hasta dos arcos triunfales,
 En que remata una liza
 Que por la barrera se abre.
 Banderas de mil colores
 Se estremecen en el aire,
 Que embalsaman ramilletes
 De jazmines y azahares.
 Lindisimas cortesanas
 De cabellos de azabache,
 Tez pálida y ojos negros,
 Baján el prado adelante:
 Porque ¿qué son los jardines
 En que las flores no salen,
 Sino lo que son las fiestas
 En que las damas no caben?
 De ambas las tropas que aguardan
 El duro y próximo trance,
 Hablan en voces secretas
 Ambos los gefes audaces;
 Uno es Beltran de la Cueva,
 Del otro nada se sabe,
 Sino que con treinta lanzas
 Con Don Beltran hizo parte.
 Es de talla aventajada;
 De nunca visto semblante;
 Vigoroso asaz de miembros
 Y de fuerzas sin iguales;
 Una hacha de armas esgrime
 Y una espada formidable,
 Que los arneses mas recios
 Desencajan y deshacen.
 Cabalga un potro normando

Como sufrido pujante,
 Que obedece á los impulsos
 De dos largos acicates;
 Y acostumbrado á la guerra,
 En que há tiempo que le traén,
 Mal le reprime el ginete
 Al oír los atabales.
 A su vez el caballero
 Le acosa con voz tonante,
 Como si el mismo caballo
 A la misma par lidiase;
 Y dicen que tan á tiempo
 Le segunda, vuelve y parte,
 Que un solo cuerpo lidiando
 Ginete y caballo hacen.
 Asi Beltran de la Cueva
 Hablaba á este personage,
 Y el flamenco respondia
 Con razones semejantes:

D. Beltran. ¿Sereis firme?
Flamenco. Como un roble.

D. Beltran. ¿Lidiareis?
Flamenco. A toda sangre.

D. Beltran. ¿Nadie pasará?
Flamenco. Ninguno

Con espada ni con guante.
D. Beltran. ¿Y si el mismo rey se empeña?

Flamenco. Al rey, vive Dios, que mate
 Y lleve su guantelete

En una pica hasta Flandes.
D. Beltran. Si como decís obráis

Temo que el campo no os baste.
Flamenco. Al tiempo lo recomiendo,

Y si la suerte me vale,
 Vereis que mejor amigo

No hallarais para este trance.
D. Beltran. ¿Qué mote sacais?

Flamenco. Ninguno.
D. Beltran. Pues he visto á vuestro page

Un broquel con una letra.
Flamenco. Esa letra dice «Nadie.»

D. Beltran. ¿Es orgullo?
Flamenco. Es una historia.

D. Beltran. ¿De amorios?
Flamenco. Y de sangre.

D. Beltran. ¿Sois principe?
Flamenco. No por cierto.

D. Beltran. ¿Sois huérfano?
Flamenco. Lo acertásteis,

Porque á ninguno sujeto,
 Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
 De pífanos y atabales,
 Y vióse la polvareda
 Que por el campo adelante
 Envuelve á los que se acercan

Tras los pendones reales,
 Que acabados los torneos
 A Madrid vuelven triunfantes.
 Cabalgó al punto Beltran,
 Y cabalgando el de Flandes,
 Asió broquel, lanza y brida,
 Diciendo con voz pujante:
 « ¡A caballo! ¡Voto á Dios!
 Y en torneo ó en combate,
 No hay que dejar con espada
 Desde san Miguel á nadie. »

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

¡Espléndida cabalgada!
 ¡Caballeresco tropel!
 La reina viene montada,
 Y el rey la brida dorada
 Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
 Las cortesanas mas bellas,
 Y á su vez los caballeros
 Sirven de palafreneros
 A los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen
 Sobre esclavos orientales;
 Los pages detrás se tienen,
 Y el órden al fin mantienen
 Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor
 Y detrás pueblo y tumulto;
 En el centro va el valor,
 Y en la fiesta mal oculto
 El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
 Las cotas hechas pedazos;
 Orgullosos todos van,
 Y el amor probando están
 Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
 Asidos á las cimeras
 De los ufanos ginetes,
 Y usurpan tocas ligeras
 El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
 Y de rojas banderolas,
 Flotan en suelto equipage
 Los velos blancos de encage
 De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra
 Forradas de limpio acero,

Hasta tocar con la tierra,
 Cuelga el que de amor encierra
 Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles
 Guanteletes ni escarcelas,
 Sí terciopelos y pieles,
 Y ellos van libres y fieles
 Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,
 Aunque no siendo mejores,
 Tras el rey van altaneros
 Pacíficos caballeros
 Los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando
 Las atenciones reales,
 En rico y vistoso bando,
 Sobre mulas van pasando
 Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
 Todo es oro cuanto brilla,
 Y osténtanse allí á la vez
 Los hidalgos de mas prez
 De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
 De ambos reinos acudieron,
 Y descuidando sus danzas,
 Osados en esperanzas
 Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor
 Cualesquiera liza es buena;
 Y el moro batallador
 Sabe siempre que es mejor
 Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran
 Sin máscaras las hermosas;
 Sus alientos se respiran,
 Y á sus miradas aspiran
 Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
 Sobre sus negros corceles
 Diez árabes caballeros,
 Silenciosos y severos,
 Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,
 La negra barba crecida,
 El corcel de oro cubierto,
 Todo muestra la atrevida
 Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,
 Culta en usos y lenguaje,
 Siempre se alcanza á través
 De su magnífico arnés
 Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla
 Rey, pueblo y embajadores,
 Y al són del clarín que estalla,
 Van á ofrecer la batalla
 Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés Don Beltran,
Y díjole audaz : « Señor,
« Aquí mis nobles están,
« Que sus lanzas medirán
« Con vuestra lanza mejor.
« Y pues por encarecellos
« Vuestra real esplendidez,
« Fiestas quiso concedellos
« Para no ser menos que ellos,
« Hé aquí campo á nuestra vez.
« Como tan buenos vasallos,
« De las damas requerimos
« Las bridas de los caballos;
« Y pues á aquesto venimos,
« O combatir ó soltallos. »
Y echando el guante en la arena,
Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena,
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.
Aceptó el rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los reyes sus sitiales.
Puestos los embajadores
A un lado y á otro los jueces,
Al són de los atambores
A los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.
Lanzáronse hácia la liza
Hasta cuarenta ginetes,
Y en su línea movédiza
El aura estremece y riza,
Crestones y martinetes.
Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sonos
De que el aire tragan lleno.
Entonces desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda
Un caballo por la rienda
Dos pages bajando vienen.
Por si quisiera lidiar
Al rey le ofrecen cortesés;
Advirtiéndole á la par,
Que mejor no le ha de hallar
Ni con mejores arneses.
Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y al són de los atambores
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes,
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes
Los unos contra los otros
A la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante;
No se oye ni se distingue
Mas que el són que los aceros
En fiero compás despiden.
En honda y ansiosa duda,
En angustia indefinible,
Almas con ojos esperan
A que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
Al turbio palenque miren;
Todo entre el espeso polvo
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta Don Enrique;
El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.
Unos gritan « Flandes. Nadie. »
« Al rey, al rey, » otros dicen;
Y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, lellies,
Relinchos y cuchilladas
Todo á un tiempo se concibe;
Todo en tumulto espantable,
Todo en confusion horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen
Los de : « ¡ Cierra! — ¡ Hiere! — ¡ A ellos!
— ¡ Alá! — ¡ Flandes! — ¡ Don Enrique! »
Creyéndose al mismo tiempo
Por los cierra y los lellies,
Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.
Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza
De los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fué causa
Del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
Tan solo trece que lidien,

Son los seis mantenedores
Los otros siete del príncipe.
De ellos hasta tres son moros
Que á los del rey bien asisten,
Con los alfanges sangrientos
Y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Dó quier que un palmo se pierde,
A un caballo se reprime,
Allí la lanza de un moro,
Allí un alfange invisible
Hiere, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.
Dan, cian, avanzan, vuelven,
Y ligeros como tigres,
Soltando el inútil hierro
Con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Quedando un momento inmóviles,
En duda de si respiren.
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,
Ruedan abrazados ambos
Y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto
Tal vez aún se distinguen
Sus desesperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles.
Hasta que el tropel sangriento
De los ginetes que viven,
Los envuelve enteramente,
Los separa ó los persigue.
Tocó el sol en occidente;
Y á la voz de Don Enrique
Pages entran en la liza,
Que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.
Don Beltran con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.
Lidian por el rey valientes,
Los ventajados en lides,
El marques de Santillana
Que negra armadura viste,
Don Juan Pacheco, que el mando
Lleva á medias con el príncipe,
Y el buen conde de Treviño
Del solar de los Manriques.

Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio y no escaso
El negro corcel que rige,
El corvo alfange que empuña
Y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido
Sin que oro ni acero brillen,
Que todo en polvo y en sangre
A puro lidiar se tiñe.
Don Beltran, rota una brida,
Con esfuerzos increíbles,
Contra el moro y Santillana
Ve su salvacion difícil.
Las damas le victorean
Mostrando bien cuanto es triste
Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos,
É indeciso Don Enrique,
Duda si el baston de mando
A tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda
Se oyó pujante y terrible
El grito con que el flamenco
« ¡ Flandes y nadie! » repite.
Y revolviendo el caballo,
Con impetu se dirige
Hácia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
Volviendo — « Aquí Flandes » — dice;
Y alzándose en los estribos
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
Y volviendo el que le rinde
Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron pues dos á dos,
Cuatro valientes que piden
Una corona los cuatro,
Para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,
Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltran cayeron;
Pacheco asido á las crines,
Debajo está del caballo
Incapaz de desasirse.
Vino Don Beltran sobre él;
Mas los jueces que presiden
Dan por vencido á Pacheco
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,
El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco — « Aquí Flandes. »
 Y el árabe á cada quite
 Entra y sale huyendo y dando
 Siempre en duela y siempre libre.
 En vano el flamenco acude
 A cuanta fuerza le asiste;
 El moro hace que el caballo
 Pase, cruce, salte y gire.
 Mas cansada su fortuna
 A tiempo que ambos se embisten,
 Al dar una huida el moro
 Hace que el caballo pise
 Tan en vago, que aunque diestro
 Le levanta y le reprime,
 Dobló las manos en tierra
 Tocándola con las crines.
 Esto que viera el flamenco,
 Con empuje irresistible
 Para adelante se viene
 Sin que el moro alcance á herirle.
 Cayó el de Flandes encima
 Y aunque el caballo le oprime,
 Así con tal fuerza al moro
 Que le acogota y le rinde.
 Tiró su baston el rey;
 Y al són de los añafles
 Mandó que por los del campo
 La victoria se publique.

III.

Mientras á los piés del rey
 De hinojos Beltran se pone,
 Y el rey le tiende la mano
 Porque con ella se honre,
 A las puertas de la liza
 La multitud agolpóse,
 Para ver la cabalgada
 Cuando á palacio se torne.
 Bajaron de sus andamios
 El rey, la reina y la corte,
 Damas, caballeros, pages,
 Obispos y embajadores.
 De manos de los donceles,
 Recibiendo los bridones,
 Conducir de allí á las damas
 Como enantes se proponen.
 Asidos brida y estribo
 Porque mas fáciles monten,
 Por las hermosas esperan
 Los caballeros mejores.
 Púsose el primero el rey,
 Y ya cortés se dispone
 A dar la mano á la reina,
 Cuando con audacia un hombre
 Cejar haciendo al caballo,
 Sin respeto se la coge.

« ¿Quién se atreve?... » dijo el rey;
 Y en el rostro los colores
 Tornando el gesto alterado,
 Delante su vista hallóse
 La brida asiendo al flamenco,
 Que así osado le responde :
 « Si pasais sin combatir
 « Será sin guante ni estoque,
 « Que he lidiado en el palenque
 « Bajo de estas condiciones. »
 El rey Enrique, indeciso,
 De arriba abajo miróle,
 Dudando si por quien sea
 Se lo tolere ó se enoje;
 Pero por mas que á sus solas
 Su pensamiento recorre,
 Como el su rostro recata,
 No sabe si le conoce.
 Al fin fingiendo respetos
 Por sus derechos, cedióle,
 Ya su razon otorgando,
 Ya por secretas razones. —
 Tendióle la mano y dijo :
 — ¡Loor á los vencedores!
 Tomad lo que habeis ganado,
 Que en efecto anduve torpe.
 ¿Quién sois?

— *Nadie* : esa es mi empresa.

— ¿Es vuestra cifra?

— Es mi nombre.

— Sois valiente, y no os atañe

Por vida mia ese mote.

— Ya dije que es nombre propio,

Y no le merezco noble.

— ¿Cómo pues?

— Porque he vendido

Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
 Y tras cortas reflexiones,
 Con sonrisa ambigua dijo :
 « Id adelante, » y siguióle.

RECUERDOS.

Es una noche tranquila,
 De esas azules serenas,
 En que de la luna apenas
 La pálida luz vacila.
 Algunas nubes errantes
 Por medio el espacio flotan,
 Que así de la luna embotan
 Los resplandores brillantes.
 La brisa fresca que vaga
 Los árboles estremece,

Y segun se estingue ó crece,
 Crece el murmullo ó se apaga.
 Noche espléndida y serena
 Que al hombre á pensar convida,
 Y en que resbala la vida
 De gozo y pesar ajena.

En que absorto el pensamiento
 En vaga meditacion,
 Halla una blanca ilusion
 En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,
 Oye el oído y no escucha,
 Y consigo en débil lucha
 Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura
 En que, contemplando el cielo,
 Crece en el alma consuelo
 Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos
 Con el fulgor de la luna,
 La ilusion de la laguna
 En argentinios espejos.

En que se ve el bosque umbrío,
 Cual un escuadron gigante,
 Y cual rastro centellante
 La cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una
 Blando perfume las flores,
 Música los ruseñores
 Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
 Todos los hombres gozaron,
 Y á cuya luz recordaron
 Los sueños de la niñez.

De esas noches, cuya historia
 Dura en el alma escondida,
 Página de nuestra vida
 Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro,
 Con que en murmullos suaves
 Aduermen hojas y aves
 Y aguas, el campo del moro,

Un hombre sobre una peña
 Se alcanza en la oscuridad;
 Mas no se alcanza en verdad
 Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura
 Sombra negra alguna vez,
 La movible brillantéz
 De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,
 A cada sacudimiento,
 El brusco estremecimiento
 De sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza
 Del ánima dolorida,
 Tal vez por la antigua vida,
 O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre
 Que al campo del moro cae,
 Por do Manzanares trae
 Sus corrientes, cuando corre,
 Vagó sobre el aura leve
 Voz tan dulce y lastimera,
 Que atenta el aura ligera
 Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo són
 El caballero escondido
 Ansioso prestó el oído,
 Hizose todo atencion.

La voz que oye limpia y blanda
 En estribillo amoroso,
 De un amador licencioso
 Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,
 Y tan tierna en su cantar,
 Que intentarla remedar
 Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
 Ya trémula, ya segura,
 Como la fuente murmuradora,
 Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago
 Sin tema sobre que acuerde,
 Como un aura que se pierde
 Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
 Una voz tan infantil,
 Que no envidia en lo sutil
 Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa,
 O es tremenda realidad
 Ese sueño de otra edad
 Mas bella y mas dolorosa?

¿Porqué estremecido miras
 Esa torre solitaria,
 Y al rumor de esa plegaria
 Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
 En ese són misterioso,
 Que el zéfiro vagoroso
 Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento
 Sonido despertador,
 Es un recuerdo de amor,
 O es tenaz remordimiento?

¡Ah! el pensamiento perdido
 Incapaz de decidir,
 Vacila entre el porvenir
 Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se oxima
 De mas cercana inspeccion,
 Bien sabe su corazon
 Que aquella voz le lastima.